

XXV.

¡LO HE VISTO YO!

¡Cuando uno tiene desgracia! Los propósitos pacíficos de mistress Needle comenzaron á encontrar en Florencia un obstáculo imprevisto, chocando y estrellándose en un escollo escondido hasta entonces bajo las aguas. John habíase aficionado á discutir con Julia. De vez en cuando, saltando como un resorte, dirigía ciertas preguntas que disgustaban á su madre: aun cuando ella, con la mayor suavidad y dulzura posible, procurase compelerlo á buscar otra materia para las conversaciones, no podía conseguirlo. La madre amorosa no se atrevía á insistir demasiado, por conocer per-

fectamente que su pobre hijo, si no podía razonar muy á gusto, encerraríase luego en sí mismo, precisamente como en aquellas lúgubres veladas de Parque verde, cuando estar en conversación con él reducíase á tener un sillón más, y otra cosa no. Por el contrario, su nuevo capricho de discutir un poco con Julia hacía que se uniese á los demás de su casa, y que tomase algo de aquel tinte de hombre sociable, que tan ardientemente hubiera querido darle. ¿Era, por otra parte, prudente disgustar á un hijo, casi en vísperas de su mayor edad, é infundirle alguna mala idea de separación de la familia?

Añadíase á estas consideraciones el carácter de mistress Needle, que, sin embargo de asegurar que no quería en su casa cuestiones religiosas, no bien suscitábase alguna, no se sabía contener, entrando en el palenque con velas desplegadas, con el propósito de tutelar la sana fe de sus hijos. De aquí que Julia no tenía precisión de discurrir la forma de promover las conversaciones que deseaba: las coyunturas se presentaban á la mano, cada día mejor. Poniéndose á considerar John aun lo más indiferente, sacaba razones en favor de una reflexión *antipapista*. Parecía que el

aire elástico de ciertos días de tramontana dábale la manía de filosofar. Julia, mirando en su virtud alguna vez el ocaso sereno y lo estrellado de la noche, se bromeaba con la señora, y decía:—Mañana el viento traerá disertaciones; vereis como John me asalta en toda la línea: en literatura, en bellas artes, en biblia, en todo; se me comerá bella y viva.

—¡Oh, *bah, bah!* respondíale mistress Ana sonriendo; tú no temes que te hostigue; eres bastante capaz de rechazarle y hacerle caer de rodillas en tu presencia.

—¿Qué quereis? Cada uno hace fuego con la leña que tiene.

—Dejando aparte las bromas: te doy las gracias con las manos juntas. Me lo has domesticado y pulido más en pocas semanas, que todos los profesores de Cambridge en tantos años de universidad.

—¡Ah, no! Sois vos quien lo humanizais y pulís: si no tomárais en ella parte, la conversación languidecería.

—¡Sí, yo! Sobre ciertas cosas nunca diré palabra; nunca, bien lo sabes. Pero ¿cómo se hace para callar, cuando vosotros me poneis en tortura?—

Comprendía Julia demasiado cuáles eran los argumentos que desagradaban á la se-

ñora; y como excusándose, respondió:—Por merced, ¿podeis acaso decir que prescindo de los consejos que me dísteis? El busca ciertas cosas, las busca con afán: ¿os gustaría que le cambiase las palabras en la boca, y le respondiese haches por erres?

—No digo esto: por el contrario, páreceme todo muy bien cuando le veo defenderse, y soltar la lengua y combatir: me gusta no poco.—

Para no dar motivo de disgusto, la buena muchacha procuró beneficiar otra mina de conversaciones inocentes, acometiendo una empresa común, que debería ocupar á las niñas, y á todos, en las horas de familiares entretenimientos. Fundó con solemne decreto un álbum *de omnibus rebus et de quibusdam aliis*, en el cual debían entrar curiosidades de todo género, á condición sólo de que hubiesen sido vistas de veras y estudiadas de intento.—Es mejor poco y bien, decía la joven á sus alumnas, que mucho, y mal comprendido. Cuando se ha de discurrir con personas de distinción, trae cuenta tener ideas justas y cumplidas, mejor que un baturrillo de mil cosas que se conocen sólo por su nombre.— Con tal propósito llevaba casi diariamente á la familia (mistress Needle no quería na-

da mejor) á gozar una vista deliciosa, una pintura de gran fama, una iglesia, un palacio, un monumento, una cosa de arte, etc. Estudiábase alrededor sin soltar las guías, añadiendo Julia sus comentarios. Tocaba después á las pequeñas describirlo y esto debíase hacer en la lección de italiano. Debían poner el día, el sitio, las circunstancias de la visita hecha, como también la relación de cuanto habían visto, y los juicios que les inspiraba el examen, pero principalmente la maestra. Corregida después la descripción, y copiada en un hermoso cartoncito, formaba, digámoslo así, la historia y el complemento de la fotografía que habíase comprado en el lugar del estudio; en su defecto, suplía Julia con un boceto de pocos razgos, que diseñaba. Así el álbum enriquecíase todas las semanas con cuatro cosas ó cinco.

Con tal industria, la joven aguda mataba dos pájaros de una pedrada. El trabajo del álbum de Florencia ocupaba, no solamente á las niñas en la escuela, sino también á los demás y un poco todo el día, alimentando las conversaciones á gusto de Julia. La señora y su primogénito oían con gran gusto las lucubraciones artísticas, ya de Clara, ya de Clemencia, conociendo por

ellas el buen sentido de la profesora. Las confrontaban con las figuras, y hacían luego sus reflexiones. John proponíase comprender el italiano; como poseía el latín egregiamente, y muy bien el francés, no tardó mucho en conseguir cuando menos entenderlo. Pretendía su madre hablarlo perfectamente, no curándose de hacer masculinos los femeninos y femeninos los masculinos, derecho que los ingleses otorgan sólo en teoría á la omnipotencia del Parlamento: hacía unas veces de maestra, y otras de alumna. La casa se había convertido en academia de idioma italiano; naturalmente, Julia era la presidente y manejaba la campanilla.

Otro fruto importantísimo recogía Julia de su descubrimiento: poder elegir á su gusto las obras de arte, con que se proponía entretener á las muchachas, excluyendo las que creía peligrosas é importunas. Volviendo á encarecer la conveniencia de estudiar las obras de primer orden, hacía que su gente volara de sitio en sitio, encantándola donde nadie pudiese disminuir el candor de aquellas inocentes almas queridas. No tardó mistress Needle en vislumbrar la estratagema: lejos de que la desaprobase, secundó los deseos de Julia. Al-

gunas veces hablaba claro y alto, según lo requería su corazón de madre y la integridad de su conciencia, recomendando sin rodeos la modestia de los ojos.—Cuidado, decía; los museos en Italia han sido formados para la mayoría, y la mayoría no es buena: ahora más que nunca contienen cosas que ninguna niña virtuosa quisiera encontrar. ¿Sabeis lo que hacer os toca si tropezais con cualquiera pintura desvergonzada, y si en los escaparates veis alguna indecencia? Despreciar en vuestro corazón al vil que insulta en público el honor vuestro, y mirar á otro sitio. Así lo manda el Espíritu Santo en las divinas Escrituras.—

Julia, después, con el pretexto de las explicaciones, no desaprovechaba la coyuntura de inspirar cualquier buen pensamiento, realzando la gloria de la Religión católica, que inspiró casi siempre las cien y mil hermosuras de Florencia. No vacilaba un punto en gemir altamente por el despojo violento de las propiedades de la Iglesia, por la soledad de los sagrados conventos, y por la opresión de la más santa de todas las civilizaciones. Vertía llanto al recorrer aquellos antiguos y venerados lugares de la propiedad religiosa, reducidos

á cueva profana y guardados por alguaciles del fisco; así como al ver vendido á la curiosidad de los forasteros (una lira cada persona) el gusto de contemplar la ignominia de su patria, y las sagradas imágenes, pintura de dichosos artistas, y las reliquias de un gran santo, y gran doctor, y gran ciudadano de Florencia, deshonradas y casi hechas un lazo de pasatiempo, como si fuesen rarezas de un saltimbanquis.

—¡Ah, bárbaros! exclamaba: ¡bárbaros florentinos....! Los florentinos, no; quien con ellos se cubre, como tambien con los demás de Italia. A vuestros ojos fueron arrojados á la calle los siervos de Dios, y las palomas del Señor arrancadas de sus santos nidos, ó reducidas y sitiadas por hambre como enemigas; ¡y son vuestras hijas ó vuestras hermanas....! ¡Oh! ¿Qué temíais de aquellas débiles? ¿Qué odiásteis en ellas? ¡Su inocencia y su oración! Os instalais en casa de otros, os vestísteis con despojos ajenos, y preparásteis la mesa con el pan que no era vuestro. Si algo semejante hubieran hecho en Constantinopla los musulmanes contra los judíos, nos hubiérais atronado los oídos con demostraciones y protestas: ¡y lo hicísteis en el corazón de la cristianidad! ¡Lo hicísteis, siendo

cristianos, contra los cristianos. . . .! Quien ahora recorre las ciudades italianas, donde quiera que pone los ojos, queda ofendido por las ruinas de la religión y del sacrilegio permanente y triunfante.—

Mistress Needle no tenía ojos para ver todo esto que veía Julia, ni todo su corazón para llorarlo. Empero, en su conciencia íntima no sabía combatir á la joven, cuando dejaba escapar alguna queja por la persecución desencadenada contra la propia Iglesia. Hallaba los periódicos, las conversaciones, la atmósfera, por decirlo así, llena de noticias de conventos ocupados á mano armada, de monjas y religiosos lanzados de sus habitaciones, de bienes de la Iglesia confiscados y vendidos en pública subasta: todo esto, por su espíritu recto y honrado, la impresionaba como un público asesinato. Al que observaba que se hacía todo en virtud de leyes, no debiendo, por consecuencia, tacharse de violencia, contestaba, encogiéndose de hombros:—Será legal y justo para vosotros los católicos: no me importa. Nosotros ingleses y protestantes, estamos á punto de quitar la constitución legal á nuestra iglesia de Irlanda: quedará, pues, lo eclesiástico á discreción del gobierno. Ahora bien: os

puedo decir que si tuviera el descaro de apropiarse, por ley, un *chelín* ó medio, no habría un inglés que no gritase altamente: “Ladrones, ladrones!” Los católicos tienen otro decálogo y otra justicia.—Así decía la honrada protestante, atribuyendo á los católicos italianos la obra de sus enemigos.

Esta especie de uniformidad teórica, que por fortuna existía entre mistress Needle y la joven, conservaba la armonía de la conversación. Nunca se hubiera oído el estrépito de una disputa, si John no la hubiese suscitado alguna vez de propósito. No conocía los pactos concluidos entre su madre y la maestra de sus hermanas; aunque los hubiese conocido, no hubiera tolerado voluntariamente que le pusieran una mordaza. Evitaba, sí, alguna vez tocar ciertos puntos, únicamente por cortesía y por condescendencia con su madre; estaba resuelto á mantener, como decía, la libertad de discusión, como derecho relacionado con la de conciencia. Ejercitaba esta libertad frecuentemente, con su aspereza propia, pero siempre clara y leal. Ninguno, por tanto, se maravilló de verlo entrar un día en el salón antes de comer, dirigiéndose á Julia derechamente para embestirla:—¡Esta la he visto yo!

—¿Qué? preguntó Julia.

—Cosas inexplicables, locas, absurdas hasta no más.

—¿Cuáles? ¿Dónde?

—En una iglesia de la Virgen.

—¿En cuál?

John, después de recordarlo:—En la Anunciación.

—¿Quereis decir en la Santísima *Annunziata*?

—Precisamente. ¿Qué diferencia hay entre uno y otro nombre?

—Esta. La Santísima *Annunziata* es el nombre usado por el pueblo florentino; ninguno entendería el otro; aunque solamente os olvidarais del adjetivo Santísima, cada buen ciudadano os corregiría como si padeciérais un error: me ha sucedido á mí.

—Pues en la Santísima *Annunziata* he visto hace poco un montón de herejías, ó sea de costumbres heréticas; heréticas, notadlo bien, no sólo contra la Escritura, sino también contra la doctrina papal: la conozco bien, como sabeis.

—¡No es posible! dijo Julia. Me alegro, con todo, de veros, por la vez primera, tan celoso del puro papismo. Adelante: pasad el rosario; decid, una tras otra, todas las

herejías que habeis visto . . . aunque sin el celo de Elías.—

Advirtió John que en el ímpetu, en la voz y en el gesto había traspasado los límites de la moderación de que se vanagloriaba. Templándose por ello, y simulando frialdad, empezó á decir:—He permanecido una hora quieto estudiando la actitud de los fieles que iban adorar á la Virgen...

—Espero, dijo Julia interrumpiéndole, que no habeis visto á ninguno.

—¿Cómo á ninguno? Estaba plantado allí cerca del altar de la famosa efigie, propiamente en el fondo que hay cerca, siempre mirando con el lente las actitudes de los semblantes y los gestos de los devotos: he visto bien unas ochenta personas de todas edades y condiciones.

Mistress Needle, viendo la disputa promovida por John, habíase acercado y dijo:—Espero que no habrás hecho ninguna de aquellas groserías de que los católicos acusan con gusto á nuestros compatriotas.

—Es claro, ya sabeis cómo soy; no incómodo á una mosca, como no sufro que nadie me incomode á mí. Además, aquello estaba obscuro, y sin ser observado podía verlo todo muy cómodamente. Estaba *correctamente* de rodillas ó *correctamente*

sentado, según lo que veía yo hacer á un vecino. ¡Si me hubierais visto, me hubierais tomado por un católico, ó á lo menos por un puseista!

—¡Dios no lo permita! exclamó mistress Needle.

—Ahora bien; ¿qué habeis visto? preguntó Julia; decidlo en buena hora. ¿Habeis descubierto con el lente nuevas manchas en el sol? ¿La adoración? ¿El verdadero culto de latría, arrebatado á la Divinidad y concedido de un modo idolátrico á la criatura?

—Esto no, repuso John: los actos íntimos sólo Dios los descubre, mas no faltaba la menor cosa de cuanto en el exterior patentiza la interna adoración. Arrodillábase la gente al ir y al volver, ó se inclinaba profundamente, y luego miraba la tela que cubre la imagen, con los ojos fijos y lacrimosos, y se formaba la cruz en el pecho, y absorta se detenía en oración, y besaba el suelo y el borde de la mesa; y algunos hasta permanecían prosternados con el rostro sobre las gradas del altar. Y no sólo mujercitas vulgares, que se pueden excusar por su simplicidad, sino también hombres de todas las edades, y de buena posición, según se podía inferir de su traje.

Ahora pregunto yo: ¿cómo se puede atestiguar mejor el espíritu de adoración? Los católicos adoran el Pan eucarístico: ¿convenís en ello?

—¿Quién lo duda? Es un dogma de la Iglesia romana.

—Ahora bien, añadió John: ¿cómo demostrais esta adoración? Con estos mismos actos: luego es la misma. He hecho además el parangón. He preguntado dónde estaba el altar del sagrado Pan; comprendido al fin, me lo han mostrado en el brazo derecho de la iglesia. Los mismísimos actos delante de este, y ninguno más; alguno menos acaso. He visto también que algunos permanecían ocupados sólo en la adoración de la Virgen, y que volvían las espaldas al sagrado Pan. He aquí donde hallo el error, no solo contra la Escritura, sino contra la doctrina católica. Porque, al fin, vosotros, teóricamente hablando, no sosteneis la divinidad de la Virgen, sino de Jesucristo, este es, del Pan trasustanciado, como decís, en el Cuerpo del Señor. Os confieso, miss Julia, que nunca hubiera creído enteramente que así adorasen de veras los católicos á la Virgen; mas ahora no puedo

dejar de creer en mis ojos: lo he visto yo.—

Dejó correr por su pendiente Julia el fiero acto de acusación, contestando después con airosa tranquilidad:

—¡Cuántas herejías palpitantes habeis cogido al vuelo! Os aseguro, sin embargo, que no las observásteis todas. Yo he contemplado una que me enternece al recordarla. Figuraos un hombre de fresca edad y de cabello bruno, que se presentó en el santuario conduciendo á dos angelitos, que podían deslucir aquellos dos de plata que hay en la mesa. Los puso de rodillas cerca de sí, uno á cada lado; hizo que unieran sus manitas, mostróles la imagen con el dedo, y permaneció un buen rato en profunda meditación, como quien ruega dolorosamente afligido. Al fin, puso la mano en el bolsillo de su pecho, sacó dos monedas, entrególas á sus hijitos, y tomando después á cada uno por los sobacos, los levantó hasta que pusieron el óbolo en el cepillo y besaron ruidosamente la orilla del altar. Mi pensamiento imaginó espontáneamente un padre que había perdido recientemente á su esposa, y que imploraba la protección de la Madre celestial para sus amados niños, huérfanos de su ma-

dre terrena. Me sentía conmover las fibras más delicadas del corazón, y ocurrió un segundo caso opuesto del todo, aunque del todo semejante. En el propio sitio sucedió al hombre una mujer, circundada también de criaturas. Eran tres, y grandecitas; después de orar con su madre, besaron todas el altar por sí mismas, á excepción de una pequeñuela, que fué tomada en brazos por su madre para que pudiese hacerlo. La mujer llevaba luto riguroso, teniendo apariencias de una viuda desconsolada, que buscaba el consuelo de la que llamamos nosotros la Consoladora de los afligidos. ¡No puedo contaros la impresion que me hizo ver á toda la familia congregada, reuniéndose junto al altar! Sobre todo la madre con la parvulita en sus brazos, era digna de que la retratasen. Me pareció una *herejía* poética, sublime (añadió Julia sonriendo y dirigiéndose á John), aunque sólo muy propia del sitio, porque no se acostumbra en todas partes besar así los altares; me gustó, sin embargo, caí en ella abiertamente con plena malicia del corazón, y quise llegar á ser *herética* como el pueblo florentino.—

Viendo John que Julia tomaba su discurso como á broma, se figuró que no se



juzgaba firme en su silla respecto de aquel punto de costumbre papistas, y que por ello, dando una media vuelta, hacía lo posible para mudar de conversación. En su virtud, más resuelto que nunca, quiso acosarla; pero su madre le hizo una señal para que desistiera, diciéndole:—¡Oh! Vamos á comer un poco, sin disputar de estas cosas.—John sentóse á la mesa y no pronunció palabra. Discurría sus razones y sus argumentos incontestables contra Julia, diciendo en su corazón: “¡Esta te la guardo! Lograré desquite de la partida que perdí en Turín, cuyo escote pago aún; ¡es una cosa que yo he visto!”

## XXVI.

## UNA ESCARAMUZA ENCARNIZADA.

Tanto conservó John su propósito de batallar con miss Julia, que no bien hubo dejado la mesa, fué á su encuentro. No podía estar tranquilo si aquella misma noche no salía de penas á su modo, intentando su desquite, que se lisonjeaba de conseguir.—Cuando vayais, dijo á la joven, á la comedia de la Santísima *Annunziata*, avisadme.

—Con mucho placer, respondió Julia. ¡Oh! ¡Aun dais vueltas á las *herejías* que habeis visto allí?

—No, nada: me quiero proporcionar el gusto (cada cual tiene los suyos) de ver si